

bajáis para que esta justicia y razon existan en la sociedad de donde se deberian sacar. Sembráis viento, y por esto cogéis tempestades; por esto en vez de modelos de sabiduría y de prudencia, les ofreéis á los pueblos escenas de escándalo. Nos decís que condenamos al siglo, pero que el siglo marcha á pesar nuestro: nosotros no desechamos lo bueno, pero no podemos menos de reprobar lo malo. El siglo marcha, es verdad, pero ni vosotros ni nosotros sabemos á dónde va. Una cosa sabemos los católicos, y para esto no necesitamos ser profetas: que con hombres malos no se puede formar una sociedad buena; que los hombres inmorales son malos; que faltando la religion, la moral carece de basa. Firmes en nuestras creencias os dejaremos que andeis ensayando varias formas, buscando paliativos al mal, y engañando al enfermo con palabras lisonjeras; sus frecuentes convulsiones y su continuo malestar revelan vuestra impotencia; y dichoso él si conserva este desasosiego, indicio seguro de que todavía no habeis conquistado plenamente su confianza; que si algun dia consiguierais infundírsela, y se durmiese tranquilo en vuestros brazos, aquel dia se podria asegurar que *toda carne ha corrompido su camino*, aquel dia se pudiera temer que Dios quiere borrar al hombre de la faz de la tierra.

---

## CAPITULO LXIX.

---

**B**IEN asentado queda en el decurso de esta obra, que la falsa Reforma no contribuyó en nada á la perfeccion del individuo ni de la sociedad: de lo que se infiere muy naturalmente que nada le debe tampoco el desarrollo de la inteligencia. Sin embargo, no quiero dejar esta última verdad en la esfera de un mero corolario; porque me parece que es susceptible de peculiar ilustracion. Puede abrirse discusion directa sobre las ventajas que proporcionó el

Protestantismo á los varios ramos del saber humano, sin que el Catholicismo haya de temer ningun linaje de desaire.

Cuando se trata de examinar objetos de tal naturaleza que abarcan tantas y tan varias relaciones, no basta pronunciar algunos nombres brillantes, ni citar con énfasis uno que otro hecho: de esta manera no se coloca la cuestion en su terreno propio, ni se la ventila como es debido. Quedando limitada á reducido círculo, no puede presentar toda su estension y variedad, ó divagando por un espacio indefinido, remeda á los ojos poco observadores, la universalidad, la elevacion, el atrevido vuelo, cuando en realidad no hace mas que fluctuar incierta, sin rumbo fijo, á merced de toda clase de contradicciones.

Si esta cuestion ha de ser examinada cual merece, necesitase á mi juicio, tomar en manos el principio católico y el protestante, desentrañarlos hasta en sus mas recónditos pliegues, para ver hasta qué punto pueden envolver algo que ayude ó embarace el desarrollo del espíritu humano. No contento con este exámen el observador, debe hacer todavía mas: debe recorrer la historia del entendimiento, pararse muy en particular sobre aquellas épocas en que habrá podido ser mayor el influjo del principio cuyas tendencias y efectos se quieren conocer; y entonces si no se hace caso de excepciones estrañas que nada prueban en pro ni en contra, si se desprecian aquellos hechos que por su pequeñez y aislamiento nada influyen en el curso de los sucesos, si se eleva la mirada á la altura correspondiente, con espíritu de observacion, con sincero deseo de encontrar la verdad, se descubrirá si las consideraciones filosóficas están de acuerdo con los hechos y se habrá resuelto cumplidamente el problema.

Uno de los principios fundamentales del Catholicismo y de sus caracteres distintivos, es la sujecion del entendimiento á la autoridad en materias de fe. Este es el punto contra que se han dirigido siempre y se dirigen todavía, los ataques de los protestantes; lo que es muy natural, pues que ellos profesan como principio fundamental y constituyente, la resistencia á la autoridad; y todos sus demas errores son corolarios que fluyen de ese manantial corrompido. Si algo se encuentra en el Catholicismo que pueda embargar el movimiento de nuestro espíritu, y rebajar la altura de su vuelo, debe de hallarse sin duda en el principio de la sumision á la autoridad; á él deberá achacarse toda la culpa,

si es que de alguna sea responsable en este punto la religion católica.

No puede negarse que quien oiga hablar de sujecion del entendimiento á una autoridad, quien oiga pronunciar esta palabra sin que se explique su verdadero significado, sin que se determinen los objetos con respecto á los cuales se entiende dicha sujecion, recelará que no haya aquí algo que se oponga al desarrollo del entendimiento: y si es amante de la dignidad del hombre, si es entusiasta de los adelantos científicos, si le agrada ver cuál despliega sus hermosas alas el espíritu humano para lucir su vigor, agilidad y osadía, no dejará de sentir un tanto de aversion hácia un principio que parece entrañar la esclavitud, abatiendo el vuelo de la mente, dejándola cual ave débil y rastrera. Pero si se examina el principio tal como es en sí, si se le aplica á todos los ramos científicos, y se observa cuáles son los puntos de contacto que con ellos tiene, ¿qué se encontrará de fundado en esos temores y sospechas? ¿Qué de verdadero en las calumnias de que ha sido blanco el Catolicismo? ¿Cuánto no se hallará de vacío, de pueril, en las declamaciones que á este propósito se han publicado?

Entremos de lleno en la ventilacion de esa dificultad, tomemos en manos el principio católico, examinándole á los ojos de una filosofía imparcial; llevémosle luego al traves de todas las ciencias, interroguemos el testimonio de los hombres mas grandes; y si hallamos que se haya opuesto al verdadero desarrollo de algun ramo de conocimientos, si al presentarnos ante las tumbas de los génius mas insignes, ellos levantan su cabeza del sepulcro para decirnos que el principio de la sujecion á la autoridad encadenó su entendimiento, oscureció su fantasía, ó secó su corazon, entonces tendrán razon los protestantes en los cargos que por esta causa dirigen de continuo á la religion católica.

Dios, el hombre, la sociedad, la naturaleza, la creacion entera, hé aquí los objetos en que puede ocuparse nuestro espíritu; no cabe salir de esa region, porque es infinita; y ademas, porque fuera de ella no hay nada. Ni por lo que toca á Dios, ni al hombre, ni á la sociedad, ni á la naturaleza, embaraza el principio católico el progreso del entendimiento; en nada le embaraga, en nada se le opone; lejos de serle dañoso puede considerarse como un gran faro que en vez de contrariar la libertad del

navegante, le sirve de guia para no estraviarse en las tinieblas de la noche.

¿Qué puede encontrarse en el principio católico que se oponga al vuelo del entendimiento humano, en todo lo que pertenece á la Divinidad? No dirán ciertamente los protestantes que se haya de enmendar en algo la idea que la religion católica nos da de Dios. Ellos están acordes con nosotros en que la idea de un Ser eterno, inmutable; infinito, criador de cielo y tierra, justo, santo, bondadoso, premiador del bien y vengador del mal, es la única que pueda presentarse como razonable al entendimiento del hombre.

La religion católica une á dicha idea un misterio inconcebible, profundo, inefable, cubierto con cien velos á los ojos del débil mortal: el augusto arcano de la Trinidad; pero en esta parte nada pueden echarnos en cara los protestantes, á no ser que se quieran declarar abiertamente partidarios de Socino. Los luteranos, los calvinistas, los anglicanos, y muchas otras sectas, condenan con nosotros á los que niegan el augusto misterio: siendo notable que Calvino hizo quemar en Ginebra á Miguel Servet, por sus doctrinas heréticas sobre la Trinidad.

No ignoro los estragos que ha hecho el socinianismo en las iglesias separadas, á causa de que el espíritu privado y el derecho de ecsámen en materias de fé, convierten á los cristianos en filósofos incrédulos; pero esto no impide que el misterio de la Trinidad haya sido respetado largo tiempo por las principales sectas protestantes, y que lo sea todavía, á lo menos en lo exterior, en la mayor parte de ellas.

Ademas que yo no alcanzo cual es la traba que ese misterio pone á la razon en sus contemplaciones sobre la Divinidad. ¿Acaso le veda espaciarse por un horizonte inmenso? ¿estrecha, oscurece por ventura, ese piélago de ser y de luz, que viene encerrado en la palabra de Dios? Cuando alzándose el espíritu del hombre sobre las regiones criadas, desprendiéndose por algunos momentos del cuerpo que le agrava, gusta de abandonarse á meditaciones sublimes sobre el Ser infinito, hacedor del cielo y de la tierra, ¿le sale tal vez al paso ese augusto misterio para detenerle ni embarazarle? Díganlo los innumerables volúmenes escritos sobre la Divinidad: ellos son un elocuente é irrefragable testimonio de la libertad que le queda al entendi-

miento del hombre en los países dominados por la religión católica.

Bajo dos aspectos pueden ser consideradas las doctrinas católicas sobre la Divinidad: en cuanto se refieren á misterios que sobrepujan la comprensión humana, ó en cuanto nos enseñan lo que está al alcance de la razón. Lo primero se halla en región tan elevada, versa sobre objetos tan superiores á todo pensamiento criado, que aun cuando este se abandonara á las investigaciones mas dilatadas, mas profundas y al propio tiempo mas libres, no fuera posible, á no preceder la revelación, que le ocurriese ni la mas remota idea de tan inefables arcanos. Mal pueden embarzarse cosas que no se encuentran, que pertenecen á un órden del todo diferente, que se hallan á inmensa distancia. El entendimiento puede meditar sobre una de ellas, abismarse sin ni aun pensar en la otra: la órbita de la luna, ¿que tiene que ver con la del astro que gira en la mas lejana región de las estrellas fijas?

¿Temeis que la revelación de un misterio limite el espacio donde se esplaya vuestra razón? ¿Temeis ahogaros de estrechez al divagar por la inmensidad? ¿Faltó anchuroso campo al genio de Descartes, Gasendo y Malebranche? ¿quejáronse nunca de que su entendimiento se hallaba limitado, aprisionado? Ni cómo podían hacerlo, si no solo ellos, sino cuantos sábios modernos han tratado de la Divinidad, no pueden menos de reconocer que deben al cristianismo los mas altos y sublimes pensamientos con que han enriquecido las páginas de sus escritos. Cuando nos hablan de la Divinidad los antiguos filósofos, se quedan á una distancia inmensa del menor de nuestros teólogos y metafísicos; el mismo Platon ¿qué será si le comparamos con Granada, Fr. Luis de Leon, Fenelon ó Bossuet? Antes de aparecer sobre la tierra el cristianismo, antes que la fé de la cátedra de san Pedro se hubiese apoderado del mundo, borradas como estaban las primitivas nociones sobre la Divinidad, la inteligencia humana divagaba á merced de mil errores y monstruosidades; y sintiendo la necesidad de un Dios, ponía en su lugar las creaciones de la fantasía. Pero desde que apareció aquel inefable resplandor, que descendiendo del seno del Padre de las luces alumbró toda la tierra, han quedado las ideas sobre la Divinidad tan fijas, tan claras, tan sencillas, y al mismo tiempo tan grandes

y sublimes, que han ensanchado la razón humana, han levantado el velo que cubría el origen del universo, han señalado cuál era su destino, y dado la llave para la explicación de tantos prodigios como ve el hombre en sí mismo y en cuanto le rodea.

Los protestantes sintieron la fuerza de esta verdad: su odio á todo cuanto les venia de los católicos rayaba en fanatismo; mas por lo que toca á la idea de Dios, generalmente hablando, puede decirse que la respetaron. Aquí es donde tuvo menos cabida el espíritu innovador: ¡ha! no podía ser de otra manera: el Dios de los católicos era sobrado grande para que pudiera ser reemplazado por otro Dios: Newton y Leibnitz abarcando en sus cálculos y meditaciones el cielo y la tierra, nada encontraron que decirnos sobre el Autor de tantas maravillas que no nos lo hubiera dicho de antemano la religión católica.

Dichosos los protestantes, si en medio de sus extravíos conservaran al menos este precioso tesoro; si no apartándose de las huellas de sus predecesores, rechazasen esa filosofía monstruosa que amenaza resucitar todos los errores antiguos y modernos, comenzando por sustituir el informe panteísmo al Dios sublime de los cristianos. Que no estén desprevénidos los protestantes que profesan amor á la verdad, que se interesan por el honor de su comunión, por el bien de su patria, por el porvenir del mundo; si el panteísmo llega á dominar, no será la filosofía espiritualista la que habrá salido triunfante, sino la materialista. En vano se entregan los filósofos alemanes á la abstracción y al enigma, en vano condenan la filosofía sensualista del pasado siglo: un Dios confundido con la naturaleza no es Dios; un Dios que se identifica con todo, es nada; el panteísmo es la divinización del universo, es decir, la negación de Dios.

Dolorosas reflexiones sugiere la dirección que van tomando los espíritus en diferentes países de Europa, y muy particularmente en Alemania; los católicos habían dicho que se comenzaba por resistir á la autoridad negando un dogma, pero que al fin se acabaría por negarlos todos, precipitándose en el ateísmo; y el curso de las ideas en los tres últimos siglos ha confirmado plenamente la predicción. Pero ¡cosa notable! la filosofía alemana se empeñó en promover una reacción contra la escuela materialista, y con todo su espiritualismo ha venido á ser panteísta. Parece que la Providencia quiso esterilizar para la verdad el suelo de

donde salieran los heraldos del error. Fuera de la Iglesia todo es vértigo y delirio: se abrazan con la materia, y se hacen ateos! divagan por regiones ideales, andan en busca del espíritu, y se hacen panteístas! ah! Dios aborrece todavía el orgullo, y repite con frecuencia el tremendo castigo de la confusión de Babel. Esto es un triunfo para la religión católica; pero es un triunfo bien triste!

Tampoco alcanzo cómo puede el Catolicismo cortar el vuelo á la inteligencia, en lo que tiene relación con el estudio del hombre. En este punto, ¿qué exige de nosotros la Iglesia? ¿Cuál es la enseñanza que nos dá? ¿Cuál es el círculo en que se encierran las doctrinas á las que nos está vedado contradecir?

Los filósofos se han dividido en dos escuelas: materiales y espiritualistas: los primeros afirman que nuestra alma no es mas que una porción de materia que modificada de cierta manera, produce dentro de nosotros eso que llamamos pensar y querer: los segundos pretenden que la actividad que consigo llevan el pensamiento y la voluntad, son incompatibles con la inercia de la materia; que lo divisible, lo que se compone de muchas partes, y por tanto de muchos seres, no puede avenirse con la unidad simple que por necesidad se ha de hallar en el ser que piensa, que quiere, que se da cuenta á sí mismo de todo, y que posee el profundo sentimiento de un *yo*; y así sostienen que la opinión contraria es falsa y absurda, y esto lo afirman con todo linaje de razones. La Iglesia católica mezclando en la contienda su voz, ha dicho: "el alma del hombre no es corpórea, es un espíritu; quien quiera ser católico no puede ser materialista". Pero preguntadle á la Iglesia, cuál es el sistema con que deben explicarse las ideas, las sensaciones, los actos de la voluntad, los sentimientos del hombre; preguntádselo y os responderá que quedais en plena libertad de pensar sobre esto lo que os pareciere mas razonable: el dogma no descende á las cuestiones particulares que pertenecen á aquel mundo que entregara Dios á las disputas de los hombres.

Antes de la luz del Evangelio estaban las escuelas de los filósofos en las tinieblas de la mas profunda ignorancia sobre nuestro origen y destino; ninguno de ellos sabia como explicar esas monstruosas contradicciones que en el hombre se notan: ninguno de ellos atinaba á señalar la causa de esa informe mezcla de

grandor y de pequeñez, de bondad y de malicia, de saber y de ignorancia, de elevación y de bajeza. Vino la religión y dijo: "el hombre es obra de Dios; su destino es unirse á Dios para siempre; la tierra es para él un destierro; no es tal ahora como salió de las manos del Criador; todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída"; y yo emplazo á todos los filósofos antiguos y modernos, para que me muestren cómo en la obligación de creer todo esto se encierra algo que se oponga á los progresos de la verdadera filosofía.

Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla. No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un polo al rededor del cual como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones, de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco si se quieren examinar estas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de mas importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extravíos. Entonces el filósofo es como aquel que seguro de la existencia de una mina en algun lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.

Aquí está la razón de la inmensa ventaja que llevan en estas materias los filósofos modernos á los antiguos; estos marchaban en tinieblas, á tientas; aquellos caminan precedidos de brillante luz, con paso firme y seguro, en derechura al objeto. No importa que digan tan amenudo que prescinden de la revelación; no importa que á veces la miren con desvío, ó quizás la combatan abiertamente: aun en este caso la religión los alumbró, ella guía con frecuencia sus pasos, porque no pueden olvidar mil y mil ideas luminosas tomadas de la religión, ideas que han encontrado en los libros, aprendido en los catecismos, chupado con la leche; ideas que andan en boca de todos, que se han esparcido por todas partes, y que como un elemento vivificante y benéfico, impregnan, por decirlo así, la atmósfera que respiramos. Cuando los modernos desechan la religión, llevan muy allá su ingratitude, porque al propio tiempo que la insultan, se aprovechan de sus beneficios.

No es aquí el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia: fácil sería aducir abundantes pruebas para confirmar cuanto acabo de establecer; bastándome abrir las obras de un filósofo cualquiera de los modernos y cotejarlo con los antiguos. Pero semejante trabajo no fuera suficiente para los que no estén versados en tales materias, y sería inútil para los que se han ocupado en ellas. A la inteligencia y á la imparcialidad abandono la cuestion con entera confianza; y estoy seguro de que convendrán conmigo en que siempre que los filósofos modernos hablan del hombre con verdad y dignidad, se encuentra en su lenguaje el sabor de las ideas cristianas.

Si tal es la influencia del Catolicismo con respecto á ciencias que, limitándose al orden puramente especulativo, dan lugar á que campee con mayor libertad y lozanía el ingenio del filósofo; si con respecto á esas ciencias, lejos de limitar en nada la extension del entendimiento, le ensancha sobremanera; si lejos de abatir su vuelo, solo hace que sea este mas alto, mas osado, pero mas seguro, mas libre de vaguedad y de extravío; ¿qué diremos si fijamos nuestra consideracion en las ciencias morales? Todos los filósofos juntos, ¿qué han descubierto en moral que no se halle en el Evangelio? En pureza, en santidad, en elevacion, ¿hay doctrina que se aventaje á la enseñada por la religion católica? Preciso es en esta parte hacer justicia á los filósofos, aun á los mas enemigos de la religion cristiana: han atacado sus dogmas, se han burlado de su divinidad, pero en llegando á tratar de la moral la han respetado: no sé que fuerza secreta los ha impelido á hacer una confesion que debia serles muy dolorosa: "sí, han dicho todos, no puede negarse; su moral es excelente."

Hay en el Catolicismo algunos dogmas, que ni puede decirse que pertenezcan directamente á Dios, ni al hombre, ni á la moral, en el sentido que damos por lo comun á esta palabra. Claro es que siendo la religion católica religion revelada, de un orden muy superior á todo cuanto puede concebir el entendimiento humano, destinada á conducirnos á un fin que con solas nuestras fuerzas no podriamos alcanzar ni imaginar siquiera; y partiendo ademas del principio de que la naturaleza está caída y corrompida, y que por consiguiente necesita una reparacion y purificacion, debia encerrar algunos dogmas que enseñasen el modo con que se habian hecho en general y con que se hacian en particu-

lar, dicha reparacion y purificacion, y esplicasen cuáles eran los medios de que Dios queria servirse para conducir á los hombres á la bienaventuranza eterna.

Hé aquí los dogmas de la Encarnacion, de la Redencion, de la Gracia y de los Sacramentos. Ancho campo abrazan, vastas son las relaciones que tienen con Dios y los hombres; y en todos ellos es y ha sido siempre inalterable la fé de la Iglesia Católica. Y ¡cosa notable! á pesar de esa amplitud, no se encuentra siquiera un solo punto en que pueda decirse que embargan la libre accion del entendimiento en todo linage de investigaciones. La razon es la misma que llevo indicada. Cuantos hayan hecho un estudio comparativo de las ciencias filosóficas y de las teológicas, habrán podido observar que, por lo tocante á los extremos indicados, anda la teología por una region tan diferente, tan superior, que apenas se roza con la atmósfera filosófica. Son dos órbitas, ambas grandes, inmensas, pero que ocupan posicion muy distante en la inmensidad del espacio. El hombre quiere aproximarlas á veces, quiere que se toquen, quiere que se crucen, quiere que una ráfaga de luz terrenal penetre en aquella region de arcanos incomprensibles; pero apenas sabe como hacerlo; él mismo siente su debilidad, y le oireis confesar que habla por *congruencias*, por *analogías*, no mas que para *darlo á entender mejor*; y la Iglesia se lo tolera en gracia de su buena voluntad, y á veces le estimula á hacerlo así, para que en cuanto cabe, los dogmas incomprensibles se acomoden algun tanto á la capacidad de los pueblos.

Despues de haber discurrido tanto los filósofos sobre los atributos de la Divinidad, y sobre las relaciones del hombre con Dios, ¿han encontrado nada que se oponga á esos dogmas del Catolicismo? ¿Han tropezado nunca con ellos, como con un embarazo que no les consintiera pasar adelante en sus investigaciones? En la revolucion filosófica provocada por Descartes en el siglo XVII, hay que notar un hecho singular que arroja mucha luz sobre la materia. Conocida es la doctrina de la religion Católica con respecto al augusto misterio de la Eucaristía; sabido es tambien en qué consiste el dogma de la *transustancion*, y que muchos teólogos para esplicar el fenómeno sobrenatural que se verifica despues de consumado el milagro, apelaban á la doctrina de los *accidentes* y á su distincion de la sustancia. La teoría de

Descartes, y de casi todos los filósofos modernos, era incompatible con esa esplicacion, pues que negaban la existencia de los accidentes como distintos de la sustancia; por lo cual parecia á primera vista que habia de resultar de aquí algun compromiso para la doctrina católica, y que la Iglesia se habia de poner en lucha con los sistemas de los filósofos. ¿Y ha sucedido así? no: examinada á fondo la cuestion, se ha encontrado que el dogma católico estaba en una region mucho mas elevada, á la que no podian alcanzar las vicisitudes de la doctrina filosófica que tanto parecia rozarse con él: y por mas que hayan disputado los teólogos, por mas cargos que se hayan hecho unos á otros, por mas consecuencias que hayan querido sacar de la nueva doctrina para presentarla como peligrosa, la Iglesia se ha mostrado agena á esas disputas, superior á los pensamientos de los hombres, y se ha mantenido en aquella actitud grave, magestuosa, inalterable, que tan bien asienta en la conservadora del sagrado depósito que le fué encomendado por Jesucristo. Esta es la libertad que deja la Iglesia á los filósofos para esplayar su ingenio en todas materias; no necesita andar siempre con restricciones y cortapisas; los sagrados dogmas de que es depositaria se hallan en region tan encumbrada, que apenas puede encontrarse con ellos el hombre, que en sus investigaciones no quiera apartarse de los senderos de la verdadera filosofía.

Pero esta razon tan grande, y al propio tiempo tan débil, se hincha á veces en demasía, levanta con orgullo una frente alta-nera é insultante: en nombre de la libertad y de la independencia, pide el derecho de blasfemar de Dios, de negar al hombre su libre albedrío, y al alma su espiritualidad, su inmortalidad, y la elevacion de su origen y destinos; y entonces, sí, lo confesamos, y lo confesamos con noble orgullo, entonces la Iglesia levanta su voz, no para oprimir, no para tiranizar el entendimiento del hombre, sino para defender los derechos del Sér Supremo, y de la dignidad humana; entonces se opone con firmeza inflexible á esa libertad insensata, que consiste en el funesto derecho de decir todo linage de desvaríos. Esta libertad no la tenemos los católicos, pero tampoco la queremos; porque sabemos que tambien en estas materias hay un linde sagrado que distingue entre la libertad y la licencia. Dichosa esclavitud por la cual quedamos privados de ser ateos ó materialistas, de dudar que nuestra alma

viene de Dios y se dirige á Dios; de que en pos de los sufrimientos que agobian en esta vida al infortunado mortal, hay preparada por los méritos de un Hombre-Dios, otra vida eternamente feliz.

Por lo que toca á las ciencias que versan sobre la sociedad, me parece que podré escusarme de vindicar á la religion católica del cargo de opresora del entendimiento humano, cuando las extensas consideraciones en que llevo expuestas sus doctrinas, y su influencia con respecto á la naturaleza y extension del poder, y á la libertad civil y política de los pueblos, dejan mas claro que la luz del dia, que la religion católica sin descender al terreno de pasiones y pequeñez en que se agitan los hombres, enseña la doctrina mas á propósito para la verdadera civilizacion y bien entendida libertad de las naciones.

Trataré pues brevemente de las relaciones del principio católico en lo que toca al estudio de la naturaleza. Ciertamente que no es fácil ver en qué puede dañar dicho principio al adelanto del espíritu humano en las ciencias naturales. Digo que no es fácil verlo, y podria añadir que es imposible atinarlo: y todo esto por una razon muy sencilla, fundada en un hecho que está al alcance de todo el mundo, y es, que la religion católica se manifiesta en extremo reservada en todo cuanto pertenece á conocimientos puramente naturales. Diríase que Dios se propuso dar una severa leccion á nuestra excesiva curiosidad: leed la Biblia, y os quedareis convencidos de cuanto acabo de asentar.

Y no es que en la Biblia no se hable de la naturaleza, sino que allí se nos la presenta bajo su aspecto hermoso, grande, sublime, donde se ofrece todo en grupo, todo animado con sus vastas relaciones, con sus altos fines; pero sin análisis, sin descomposicion de ninguna clase: el pincel del pintor, la fantasía del poeta, encontrarán allí magníficos modelos; pero el filósofo observador se hallará sin los datos que busca. No queria el Espíritu Santo hacer naturalistas, sino virtuosos: por esto, solo nos presenta los portentos de la creacion bajo el aspecto mas á propósito para excitar en nosotros la admiracion y gratitud hácia el Autor de tantas maravillas y beneficios. La naturaleza tal como viene mostrada en el sagrado texto, satisface poco la curiosidad filosófica; pero en cambio, recrea y engrandece la fantasía, hiere y penetra el corazon.